



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 20 - N.º 198
SEP. - OCT. 1.957

El domingo, 15 de Septiembre, se ha celebrado en Venezuela el Día del Inmigrante. Iniciativa en la que ha correspondido a la Iglesia la primera y más eficaz contribución.

Esta circunstancia hace propicia una reposada reflexión sobre los gravísimos problemas que a la Venezuela adolescente ofrece la corriente inmigratoria, que alcanza en nuestros días proporciones de auténtica avalancha.

Basta para comprobarlo los siguientes datos estadísticos, que ha barajado la prensa con ocasión del Día del Inmigrante.

Hasta 1939, fecha de nuestra Ley de Inmigración y Colonización, Venezuela era uno de los países de más modesta inmigración. Contábamos casi el mismo número de extranjeros que a fines del siglo XIX; poco más de 40.000. En 1957 pasan de los 500.000, descartando naturalmente la considerable cifra de los que en el último decenio han conseguido la carta de naturalización. Como la población venezolana apenas supera los seis millones, quiere decir que uno de cada doce habitantes del país es extranjero.

Las colonias más poderosas son: Italianos: 103.000; Españoles: 97.000; Colombianos: 66.000; Norteamericanos: 40.000; Portugueses: 27.000...

Las estadísticas comprueban también que de estas inmigraciones la que más fácilmente se arraiga en el país es la española, seguida de la centroeuropea y rusa, es decir, la de los evadidos de la cortina de hierro. Las más transitorias son la colombiana y la norteamericana.

El espejismo de El Dorado resucita.

Venezuela, que en los tres siglos de vida colonial no alcanzó fama de rica hasta el advenimiento de la Compañía Guipuzcoana en el siglo VIII, y entonces por la explotación agrícola y pecuaria, había sido sin embargo a principios del siglo XVI, en la historia homérica de la primera conquista, teatro de las más absurdas aventuras de conquistadores y piratas en busca de El Dorado. Fuera realidad o fuera mito, creado por la malicia de los maltratados indios, El Dorado fué concretándose hacia la región de la Guayana; y es curioso advertir que el fundador de San Tomé de la Angostura (hoy Ciudad Bolívar) llegó de Colombia, Meta y Orinoco abajo, con el título de Gobernador de la Provincia de El Dorado.

Después de cuatro siglos El Dorado ha resultado ser una realidad grandiosa. Venezuela aparece ante el mundo no sólo como un país asombroso por sus insuperables yacimientos de petróleo, sino por la múltiple riqueza minera: hierro, manganeso, oro, bauxita, diamantes... concentrada particularmente en la vieja provincia de El Dorado: La Guayana.

Esto explica las características, las cualidades y defectos de la inmigración que en forma arrolladora está llegando a Venezuela.

Hay que distinguir en ella dos grupos fundamentales: los que llegan controlados y contratados por el Gobierno, a través del Instituto Agrario Nacional, que en conformidad con la Ley de Inmigración y Colonización de 1939 son todos aquellos "extranjeros de antecedentes limpios y buena conducta, que

INMIGRACION

con oficio fijo, como agricultores, criadores, artesanos, industriales, mecánicos, etc..., tengan o no cómo subvenir a sus necesidades llegasen a Venezuela o quieran trasladarse a ella con el propósito de arraigarse definitivamente a la masa de la población venezolana"... Y los que llegan en forma espontánea e incontrolada.

Los que han llegado a Venezuela con carácter de inmigración seleccionada y controlada previamente por el Estado, son relativamente pocos. Desde 1949 a 1956 hacen un total de 45.097. De ellos 24.022 italianos; 13.743, españoles; 2.892 centroeuropeos... Los organismos oficiales han invertido en esa inmigración 60 millones de bolívares; y ellos han sido los principales beneficiarios de las 75.485 hectáreas de tierra, que el Instituto Agrario Nacional ha venido adjudicando en parcelas.

De este informe estadístico se deduce que la más poderosa corriente migratoria es la que ha llegado a Venezuela incontrolada y soñando con el espejismo de un nuevo Dorado. Contribuye a ello poderosamente el alto valor de nuestra moneda y la correspondiente depresión catastrófica de muchas divisas europeas.

El desconocimiento de esta necesaria distinción entre inmigración dirigida y espontánea explica muchas críticas superficiales sobre la política migratoria del Gobierno.

Problemas de la inmigración.

La inyección de medio millón largo de inmigrantes en una nación rica pero de escasa demografía ha suscitado problemas, que sería insensato desconocer.

No siempre la inmigración dirigida por los organismos oficiales ha encontrado solución en el campo o en las profesiones técnicas, para las que fué llamada. No debemos olvidar que estamos haciendo las primeras experiencias. Muchos inmigrantes, fracasados en el agro tropical, tan distinto del europeo, han venido a buscar en las ciudades la solución de angustias económicas paavorosas.

Los que se filtran en la Nación como inmigración espontánea rara vez se dirigen al campo; y han saturado las ciudades, comenzando por la capital de la República. Los obreros venezolanos se quejan de que estos intrusos, a quienes nada interesa Venezuela, sino hacer en pocos años una fortuna, trabajando, comiendo y viviendo de cualquier manera, para retornar lo más pronto posible a sus patrias en plan de nuevos ricos, les hacen una competencia desleal en el trabajo. El obrero venezolano ha de vivir y sostener a su familia en bolívares; el inmigrante ahorra avaramente, evitando gastar en Venezuela, y sostiene a los suyos en Europa con el ventajoso cambio de los bolívares ganados en nuestro país. Trabaja sábados y domingos, con manifiesta violación de las leyes divinas y humanas, y trabaja muchas veces —por necesidad o conveniencia— por salarios, que no puede soportar el venezolano. Aun en las profesiones y pequeñas industrias de iniciativa privada —zapaterías, carpinterías, herrerías, talleres mecánicos— el inmigrante ofrece precios que para el artesano venezolano resultan ruinosos.

Esta queja es justa y muy digna de tenerse en cuenta. Tratarán ciertos capitalistas de soslayarla hablando de la flojera tropical y de la incompetencia del obrero venezolano. Nosotros responderemos que son de peremptoria urgencia las escuelas técnicas en Venezuela; pero que la razón íntima del desplazamiento del obrero venezolano no está en su incapacidad y en su pereza, sino en la desatentada codicia del economista liberal, que busca al obrero más barato, al menos consciente de los derechos que le confiere la Ley de Trabajo. Se repite en Venezuela un fenómeno que se registró en el Sur de Estados Unidos con la importación de los obreros mejicanos, menos conscientes, más explotables. Abuso a que los sindicatos norteamericanos han puesto coto muy acertadamente. Opinamos en realidad que en hechos tan irritantes y escandalosos como el trabajo dominical, que va generalizándose en forma alarmante en Venezuela —para mofa de nuestra Ley de Trabajo e índice de retroceso entre las naciones del mundo occidental— mucho más culpables que los inmigrantes son los capitalistas que los explotan.

Enumerando los problemas creados por la inmigración, apuntemos también que la avalancha extranjera que nos inunda, y al olor de los fáciles negocios de Venezuela, se han filtrado dos clases de negociantes indeseables: los

que se dedican a profesiones lícitas, como la construcción, pero que tratan de lograr los contratos, sobre todo oficiales, a base de ofertas de primas y porcentajes en competencia profundamente desmoralizadora. Y los que se dedican a la explotación directa del vicio en muy variadas formas, sobre todo de centros nocturnos de placer. La Sanidad anunciaba en cierta ocasión la clausura de cuarenta lenocinios en el sector de Catia; 32, explotados por italianos; 7, explotados por españoles; uno, controlado por dueño venezolano. Las mujeres explotadas eran en cambio, casi todas venezolanas.

Estas circunstancias han contribuido a formar en el pueblo un recelo general ante el fenómeno arrollador de la inmigración en los últimos años.

Bajo un punto de vista de expectador católico impresiona también desfavorablemente, que los inmigrantes —cegados por un afán de hacer dinero rápidamente— pierden en Venezuela las prácticas religiosas, generalizadas en las regiones europeas, de las que han emigrado...

Soluciones y aspectos positivos.

Es evidente que Venezuela necesita fomentar y proteger la inmigración. Nadie puede discutir este principio en un país de casi un millón de kilómetros cuadrados —dos veces España, tres veces Italia— y seis millones de habitantes. La inmigración la rejuvenecerá, la enriquecerá y la transformará, como lo hizo con Estados Unidos, Argentina, Canadá y el Brasil.

Merecen por lo tanto aplauso los esfuerzos del Gobierno por traer inmigración seleccionada y dirigida. El Estado Venezolano tiene en cambio que extremar las medidas para purificar la inmigración espontánea que en oleadas crecientes llega a nuestras playas. Es evidente, y la Ley lo dice, que no nos interesa el aventurero que quiere hacerse rico en pocos años y regresar a su patria. Nos interesa el inmigrante que venga con sincero deseo de buscar una nueva patria —ancha, fértil, fecunda y buena— en Venezuela. Por eso es preferible a todas la inmigración española; no solamente por razones históricas y raciales, sino porque es la que más inmediatamente arraiga y se establece en Venezuela.

Por otra parte es de justicia reconocer progresos palpables que Venezuela debe a la inmigración: en la construcción, donde ha aportado métodos de rapidez y gustos refinados, que la experiencia de muchas naciones ha resumido en nuestro pequeño cosmos migratorio; en las artes gráficas y en las más variadas formas de la artesanía y de la industria.

Un concepto cristiano de la inmigración.

Pero hay algo más. Nosotros los cristianos no podemos reflexionar con el frío concepto y el lenguaje matemático de los economistas liberales.

El Papa Pío XII nos ha recordado con insistencia bien significativa. Todos los hombres somos hermanos. Los bienes de la tierra, la tierra misma está destinada para que "todos" los hombres tengan los medios necesarios para sustentarse y vivir. Hay en la tierra naciones superpobladas y naciones prácticamente despobladas. Buena parte de Venezuela, si se excluye el macizo montañoso de nuestro sector norte, está en esta segunda condición. Venezuela tiene siete habitantes por kilómetro cuadrado. Italia tiene cerca de 200. Bélgica 380; ciertas regiones de China: 800 habitantes por kilómetro cuadrado.

Bien venidos sean nuestros hermanos. Ellos nos ayudarán a explotar las ocultas riquezas de nuestros llanos y selvas; de nuestro suelo y de nuestro riquísimo subsuelo.

Ofrezcámoles, como católicos, una acogida de cristiana generosidad. Y como apóstoles no olvidemos que los más de ellos son miembros de la Iglesia católica, y caen bajo nuestra responsabilidad pastoral. Si es cierto que en su primer afán de lucro, en su desconcierto primerizo en tierra extraña; lejos del estímulo y el castigo de su propio ambiente social, se enfrían por unos años en su vida religiosa, la experiencia de otras naciones, como la Argentina, demuestra que al consolidarse económicamente tornan a sus prácticas religiosas y hasta pueden ser el venero más fecundo de las vocaciones religiosas y sacerdotales.

M. A. E.